

Neolítico

José María RODANÉS VICENTE

Las investigaciones sobre el Neolítico peninsular no son ajenas a los avatares del resto de las investigaciones prehistóricas y al contexto social y científico en el que se desarrollan¹. A pesar de que se circunscribe al sureste hispano, existe cierta unanimidad en considerar la obra de los hermanos Siret, en especial de Louis que permaneció más tiempo en España, como el punto de partida de los trabajos sobre el Neolítico. Si bien las interpretaciones y periodizaciones que propusieron eran deudoras de las corrientes hiperdifusionistas y conocimientos de la época, no es menos cierto que la calidad de las descripciones y representaciones de los yacimientos y materiales arqueológicos convierten sus inventarios y publicaciones en elementos de obligada referencia².

En los años veinte tuvo lugar la primera síntesis y quizá la que más repercusión ha tenido en la historiografía posterior. La obra de P. Bosch Gimpera, influenciada por la escuela histórico-cultural alemana muy cercana al Particularismo histórico, describe cuatro «círculos culturales» con los correspondientes límites geográficos y cronológicos: Cultura de las cuevas, de Almería, Pirenaica y Megalítica portuguesa. El contenido y los criterios aceptados para su diferenciación responden a la presencia o ausencia de determinados elementos arqueológicos, en especial la cerámica, el material más abundante, y el tipo de hábitat o de enterramiento, además de un

1. HERNANDO, A., *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*, Madrid, 1999, capítulo 2.
2. SIRET, L., «Nouvelle champagne de recherches archéologiques en Espagne. La fin de l'époque néolithique», *L'Antropologie*, III, 1892, pp. 385-404; «L'Espagne préhistorique», *Revue des Questions Scientifiques*, Bruxelles, 1893, separata; «Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques», *Revue des Questions Scientifiques*, Bruxelles, 1907, pp. 489-562; *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. T. I. De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*, París, 1913.

claro componente étnico diferente en cada uno de ellos. El esquema general, con modificaciones puntuales, fue mantenido por el investigador catalán a lo largo de su vida, debido esencialmente al alejamiento de las investigaciones y trabajos de campo motivado por el obligado exilio en Méjico³.

Después del paréntesis impuesto por la Guerra Civil, J. Martínez Santa Olalla se aleja formalmente de la propuesta de Bosch Gimpera. El Neolítico antiguo correspondía al Mesolítico y el Neolítico reciente aparecía subdividido en las culturas hispanomauritana e iberosahariana⁴. A pesar de que cuestiona las relaciones con el norte de África, tanto su terminología como gran parte de sus argumentos seguían mirando al cercano continente. Será Julián San Valero quien marcará el inicio de las nuevas hipótesis difusionistas y orientalistas. Seguirá en un primer momento el esquema de Martínez Santa Olalla, aunque progresivamente irá destacando la importancia de las cerámicas con decoraciones cardiales, ya anunciada en los trabajos de Colominas en las cuevas de Monserrat, pero no destacadas en las anteriores síntesis, ya que el sentido evolucionista del pensamiento de Bosch Gimpera suponía una mayor antigüedad a los ejemplares más toscos y sencillos frente a éstos, más decorados, que, incluso, pudieran situarse en el Eneolítico.

La visión del Neolítico circunmediterráneo expuesta por B. Brea en la memoria sobre Arene Candide influirá decisivamente en los trabajos de San Valero y en la interpretación del Neolítico Hispano⁵. Progresivamente se irán imponiendo las explicaciones en las que el origen y la procedencia próximo oriental sustituirán a las raíces africanas propuestas en los años veinte. Así, en los años sesenta los trabajos de Tarradell y, en especial, los de M. Pellicer seguirán estas directrices⁶. Es en estos momentos cuando se incorporan los estudios interdisciplinares y la colaboración de distintos especialistas aporta una serie de datos importantes referidos a las formas económicas, abordándose las primeras síntesis sobre los orígenes de las especies domésticas vegetales y animales que tendrán especial importancia en ensayos de A. M.^a Muñoz e I. Rubio en los años setenta y ochenta⁷. No obstante, la cerámica seguirá siendo el elemento primordial sobre el que seguirá girando el discurso tal

3. BOSCH GIMPERA, P., «La Arqueología prerromana hispánica», apéndice de *Hispania* de A. Schulten, Barcelona, 1920; «L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península Ibérica», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1923, pp. 516-527; *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932; *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México, 1944; *Prehistoria de Europa*, Madrid, 1975.
4. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J., *Esquema Paleontológico de la Península Ibérica*, Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid, 1946.
5. SAN VALERO, J., «El Neolítico español y sus relaciones», *Cuadernos de Historia Primitiva*, I, 1946, pp. 5-33; «La caverna de las Arenas Cándidas y el Neolítico de Europa occidental», *Revista di Studi Liguri*, XIII, 1947, pp. 184-186; *El Neolítico Hispánico*, IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954.
6. TARRADELL, M., «Problemas neolíticos», *I Symposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona 1959, 1960, pp. 45-67; PELLICER, M., «La cerámica impresa del Neolítico Inicial en el Mediterráneo Occidental», *Zephyrus*, XV, 1964, pp. 101-124.
7. MUÑOZ, A. M., «Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español», *Pyrenae*, 6, 1970, pp. 13-28; «La neolitización en España: problemas y líneas de investigación», *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*, Acta Salmanticensia, 156, 1984, pp. 349-370; RUBIO DE MIGUEL, I., «La economía de subsistencia en el Neolítico hispano», *El Neolítico en España*, Pilar López Edit. Cátedra, Madrid, 1988, pp. 337-418.

como hiciera M. Pellicer al dividir la Península en siete círculos culturales, retomando en cierta medida y actualizando, la metodología de Bosch Gimpera⁸.

En 1973 ve la luz la obra de J. Fortea sobre el Epipaleolítico mediterráneo y por extensión sobre las primeras etapas del Neolítico⁹. Es uno de los trabajos más importantes y rigurosos y, quizás, el que más repercusión ha tenido desde su fecha de edición. Su continuidad e influencia en ensayos posteriores es indudable y configura la base de lo que se conoce como «modelo dual»¹⁰. El esquema planteado parte de algunas premisas que ya se esbozaron en los años cuarenta y cincuenta a propósito de las excavaciones por L. Pericot de la cueva de Cocina, de la covacha de Llatas por parte de Jordá y Alcaer y de la síntesis de Fletcher¹¹. El modelo, al partir de un completo estudio del substrato inmediato a la aparición de las primeras manifestaciones neolíticas, pone el acento en los factores de aculturación. De su estudio se desprende la existencia de tres posibilidades definidas por unas características específicas en la cultura material. El Epipaleolítico geométrico, interpretado a partir de la cueva de Cocina que sufriría un proceso de neolitización paralelo a la existencia y formación del denominado Neolítico puro, del que proceden gran parte de sus rasgos, y el Epipaleolítico, facies microlaminar, de Mallaetes que no llegaría a neolitizarse.

La obra de Fortea podemos considerarla como el punto de partida de los estudios modernos en cuanto que define las características materiales de cada una de las facies, al mismo tiempo que introduce la cuantificación de las mismas huyendo en cierto modo de los denominados fósiles directores, tal como pretendía la elaboración de las denominadas listas-tipo tan de moda en las investigaciones del Paleolítico Superior.

Durante la década de los ochenta se incrementan notablemente las investigaciones en toda la península, aumentando el repertorio de yacimientos. Son especialmente importantes las actuaciones en zonas del interior, Andalucía y valle del Ebro. Los materiales aparecidos, así como las antiguas dataciones ofrecidas por algunos de estos conjuntos, provocaron una importante polémica basada, esencialmente, en la posible existencia de horizontes arqueológicos de cerámicas lisas o decoradas incisas anteriores a la aparición de los primeros motivos impresos cardiales característicos del litoral levantino. Incluso muy tímidamente se argumentó la posible existencia de un Protoneolítico o Neolítico precerámico¹².

En los últimos años del siglo XX, además de intensificarse los trabajos de campo amparados en las nuevas legislaciones sobre patrimonio y excavaciones arqueológicas aprobadas por las diferentes Comunidades Autónomas, el mayor

8. PELLICER, M., «Las civilizaciones neolíticas hispanas», *Las Raíces de España*, Madrid, 1967, pp. 27-46.

9. FORTEA, J., *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca, 1973.

10. MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J., «Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica», *Espacio, Tiempo y Forma*, 10, 1997, pp. 215-265.

11. FLETCHER, D., «La doble faceta del Neolítico hispano-mauritano en la Región Valenciana», *IV Congreso Inrenacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, Zaragoza, 1956, pp. 415-417.

12. Un estado de la cuestión en: FORTEA, J. y MARTÍ, B., «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español», *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, 1984-5, pp. 167-201.

contacto con la bibliografía y la realidad de las investigaciones en otros países, ya iniciada tímidamente a partir de los años setenta, ha permitido enunciar y contrastar nuevas hipótesis. Lógicamente, esta dinámica ha tenido repercusión en la bibliografía española, que ha ido filtrando muchas de las consideraciones expuestas para territorios de la cuenca mediterránea e incluso, aunque en menor proporción, los dedicados a Europa central y septentrional.

En general, esta descentralización ha sido beneficiosa. Se ha contribuido, en gran medida, a paliar los desequilibrios que existían entre los diferentes territorios. Basta repasar los índices de los congresos locales, regionales, nacionales o los monográficos dedicados al Neolítico para darse cuenta que las contribuciones a este período han aumentado espectacularmente¹³. Igualmente, la calidad de los trabajos ha mejorado, alcanzando un nivel comparable al resto de los países que marcaban las tendencias en Arqueología de campo. Son escasos los proyectos que no recurren a estudios interdisciplinarios combinados con una meticulosa analítica. Todo ello ha repercutido en la existencia de una ingente bibliografía, cada vez más específica, diseminada por numerosas comunicaciones a reuniones, congresos o revistas especializadas nacionales e internacionales que frecuentemente —como sucede en toda la Arqueología en general— se hace inabarcable para el investigador o de difícil consulta o conocimiento para aquellos que no están conectados con el correspondiente equipo o no pertenecen al mismo ámbito de difusión.

El Neolítico supone una etapa en la evolución de la Humanidad y como tal una compartimentación temporal de la Historia. La tradición normativista o historicista, mayoritariamente presente en la investigación española desde comienzos de siglo, asignaba una serie de elementos arqueológicos característicos y necesarios para determinar su presencia¹⁴. Así quedaba identificado como un período arqueológico o como un tecnocomplejo cuyo contenido cada vez estaba mejor delimitado y facilitaba el diagnóstico cultural. Dentro de este contexto hay que situar la ya comentada polémica de los años ochenta sobre la mayor o menor antigüedad de determinados horizontes cerámicos o la existencia de pulimento o domesticación. Los excesos de esta postura han desembocado en muchas ocasiones en posiciones poco rigurosas con un claro recurso a utilizar los paralelos y el método comparativo como elemento de filiación cultural. La presencia de uno de sus rasgos permitía, automáticamente, su inclusión en el período, de manera que no es extraño ver en la bibliografía ejemplos en los que la aparición de unos fragmentos cerámicos, útiles pulimentados o dobles biseles, por poner ejemplos significativos, condicionaban la interpretación del yacimiento. Al mismo tiempo, se han realizado seriaciones considerando estas premisas, en especial atendiendo a la presencia, ausencia o cuantificación de la cerámica cardial e impresa, considerando erróneos o con problemas de excavación aquellos lugares que no respondían a este esquema, en contra, a veces, de las dataciones absolutas que no eran coincidentes con el mismo.

El marco interpretativo acorde con esta tradición y predominante ha sido el difusionismo. Prescindiendo de ocasionales y esporádicos planteamientos autocto-

13. Sirvan como ejemplo los recientes congresos sobre Neolítico. I Congr s de Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantaci  de les comunitats agr coles. Gav  1995, *Rubricatum*, I y II, 1996; II Congr s del Neolític a la Península Ibérica. Universidad de Valencia 1999, *Saguntum*, extra 2, 1999.

14. HERNANDO, A., *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*, Madrid, 1999.

nistas, la difusión se instaló en la tradición española y en la actualidad, con pequeños matices, sigue siendo el paradigma más aceptado. La ausencia de los denominados agriotipos de posteriores especies domésticas, la procedencia próximo oriental a través del Mediterráneo, una vez desestimada la vía africana, y la gradación cronológica y espacial de la llegada de las diferentes innovaciones debían ser contrastadas con las dataciones absolutas. Es evidente que con este modelo la preeminencia del Este peninsular sobre el Centro, Sur y fachada atlántica debería ser incuestionable, cabría determinar únicamente el ritmo de la expansión desde el Mediterráneo hacia el interior.

Debemos reconocer que el peso de la propia tradición y el predominio de la escuela francesa en la Prehistoria ha sido determinante en la generalización en España de estos argumentos. Igualmente es fácil constatar que la denominada Arqueología Procesual o Nueva Arqueología ha tenido poca presencia en nuestro país y cuando se han adoptado algunos de sus postulados lo han sido con veinte años de retraso respecto al mundo angloparlante. Su presencia quedaba reducida a los primeros capítulos de las memorias de oposición o al debate en artículos teóricos que no llegaban a impregnar el trabajo cotidiano. Se ha dado prioridad a las innovaciones técnicas de control de registro, de datación y tratamiento de datos frente a las posibilidades de interpretación. Únicamente la preocupación por el marco ecológico y sus repercusiones en el ámbito social y económico o ciertas dosis de funcionalismo, han sido incorporadas a la investigación hispana.

Los trabajos de Ammerman y Cavalli Sforza y su hipótesis démica plasmada en el modelo de ola y avance, han proporcionado nuevos argumentos a esta visión del proceso de neolitización. En un reciente artículo, B. Martí y J. Juan-Cabanilles dejaban claros y resumían los planteamientos. La dualidad cultural, es decir, las diferencias entre las comunidades neolíticas agricultoras y las sociedades cazadoras-recolectoras es el rasgo más característico y el punto de partida de cualquier proceso. La denominada «ola de avance» se traduce en dualidad cultural, de manera que hacia el 6000 cal BC se aprecia la existencia de dos grupos humanos bien diferenciados, sin relación genética entre ellos. Esta identificación de dualidad genética y dualidad cultural les lleva a asumir las hipótesis de J. Guilaine que establece una relación de continuidad/dependencia desde el Neolítico precerámico B de los territorios localizados entre el Jordán y el Éufrates, que se convierte en el inicio y motor del proceso que se extenderá a Anatolia y Chipre. Después, hacia el 7000 cal BC, alcanzará Tesalia y Creta y siglos más tarde llegará al Adriático y Sicilia y desde aquí al occidente mediterráneo¹⁵.

El problema de la argumentación es, a mi entender, la identificación, o mejor la falta de una clara diferenciación, de los conceptos de difusión démica, modelo de ola y avance, difusión cultural (incluyendo en ella la introducción de agricultura y ganadería) y preeminencia del horizonte cardial. La primera de las cuestiones la aclaraba recientemente el propio Ammerman: «el modelo de la ola de avance no se debe confundir con la hipótesis démica como se hace en la literatura. Son dos cosas completamente distintas. En la hipótesis démica, la cuestión de cómo se mudaban

15. MARTÍ, B y JUAN-CABANILLES, J., «Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica», *Espacio, Tiempo y Forma*, 10, 1997, pp. 216.

realmente los primeros agricultores queda abierta a una variedad de diferentes formas posibles»¹⁶.

Los argumentos «científicos» de las investigaciones genéticas —que tanta atracción ejercen sobre los «profesionales de las letras»—, a las que todavía hay que suponerles un determinado margen de error debido a los grandes avances que se están produciendo en este terreno, han servido para apoyar los argumentos clásicos, sin pasar por los momentos en los que estos paradigmas estuvieron en entredicho en el resto de Europa. A tenor de la información que poseemos en la actualidad, la tendencia a considerar la posibilidad de movimientos y aportes de población durante el Neolítico hispano debe ser tenida en cuenta. Así lo confirman los resultados de algunos ensayos¹⁷, a pesar de que existen, todavía, problemas de método y lagunas que deberán ser completadas. El problema no está, en absoluto, resuelto y habrá que esperar futuras investigaciones¹⁸. No obstante, si se demostrase que existieron movimientos de población a gran escala, el hecho de que éstos pudieron influir en el proceso de neolitización parece también asumible. Ahora bien, entre considerar el fenómeno como una colonización masiva o asumir su presencia como un factor más a tener en cuenta en el proceso de transición y cambio, existe una gran diferencia.

Los mismos autores que han apostado por la expansión de población por las zonas costeras del Mediterráneo, donde la ola de avance se traduce en dualidad cultural, reconocen, no obstante, que existen otras posibilidades, siempre desde la causalidad decisiva de los factores externos, en las que la difusión pudo realizarse por otros mecanismos y no exclusivamente por movimientos de población¹⁹. Se está aceptando, en definitiva, que la difusión démica no tiene por qué coincidir en todos sus aspectos con la cultural²⁰. En un reciente ensayo, J. Bernabeu expone una serie de consideraciones sobre el modelo en las que se matizan algunas de sus premisas, dando cabida a otras posibilidades o situaciones que se pueden plantear en el proceso: colonización, aculturación directa y aculturación indirecta²¹.

16. AMMERMAN, A., «De nuevo sobre la transición al Neolítico», *El Paisaje en el Neolítico Mediterráneo*, prectas Jornadas Internacionales, Valencia, 2000.
17. CALAFELL, F. y BERTRANPETIT, J., «A simulation of the genetic history of the Iberian Peninsula», *Current Anthropology*, 34, 1993, pp. 735-745; COMAS, D., CALAFELL, F. y BERTRANPETIT, «La detección del impacto genético de la expansión del Neolítico: estado de la cuestión», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 557-562.
18. GARCÍA BOUR, J., FERNÁNDEZ, E., ZILHAO, J. y TURBÓN, D., «Estudio preliminar de DNA humano del Neolítico de la Península Ibérica», II Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Saguntum*, extra 2, 1999, pp. 393-397, SAJANTILA, A. *et alii*, «Genes and languages in Europe: an analysis mitochondrial lineages», *Genome Research*, 5, 1995, pp. 42-52; RIGGARDS, M. *et alii*, «Paleolithic and Neolithic lineages in the European Mitochondrial Gene Pool», *American Journal of Human Genetics*, 59, 1996, pp. 185-203.
19. MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J., «Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica», *Espacio, Tiempo y Forma*, 10, 1997, pp. 220.
20. AURA, J. E. y PÉREZ RIPOLL, «Tardiglaciario y postglaciario en la región mediterránea de la Península Ibérica (13500-8500 BP): transformaciones sociales y económicas», *Saguntum*, 25, 1992, pp. 25-47; «El Holoceno inicial en el Mediterráneo español (11000-7000 BP). Características culturales y económicas, Los últimos cazadores», *Transformaciones culturales y económicas durante el Tardiglaciario y el inicio del Holoceno en el ámbito mediterráneo*, V. Villaverde Edit. Alicante, 1995, pp. 119-146.
21. BERNABEU, J., «Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 53, 2, 1996, pp. 37-55.

Dentro de este modelo dual, que con diferentes matices es el más aceptado, el denominado por algunos investigadores «paradigma cardial» es el que más polémica ha creado²². El intento de sustentar el modelo dual en un rasgo arqueológico concreto como es la decoración cerámica, ha llevado en algunas ocasiones a plantear esquemas muy rígidos, que han chocado frontalmente con la realidad arqueológica de zonas que no respondían a los parámetros de los yacimientos analizados en la costa valenciana, sobre los que se había establecido el modelo de evolución cerámica²³. En opinión de A. Hernando «los casos que refutan el paradigma cardial o modelo dual son mucho más abundantes que los que lo confirman»²⁴.

Otra opción, muy utilizada en Europa para explicar la implantación del Neolítico, parte de la posible difusión desde el Próximo Oriente, basada en la inexistencia de agriotipos de las especies domésticas vegetales y animales, argumento sobre el que se sustenta todo el sólido armazón difusionista, por el momento difícilmente cuestionable, pondría el énfasis en la transmisión cultural, en la que los mecanismos económicos (en especial la agricultura) y sociales tendrían un papel preeminente, introduciendo el concepto de frontera²⁵. Con ello se pone el acento en la continuidad que se aprecia en determinados yacimientos y territorios entre el Epipaleolítico y Neolítico Antiguo, aunque no se descarta totalmente la presencia de nuevas poblaciones y su influencia en el proceso. En la Península Ibérica, el denominado modelo de «disponibilidad» de Zvelebil ha sido utilizado para explicar el proceso en zonas como Navarra o Cantabria y la fachada atlántica²⁶, mientras que el esbozado por Gally ha sido aplicado en Cataluña o Aragón²⁷.

El modelo generado y adoptado por algunos autores, alternativo al de ola y avance, aunque mantiene elementos comunes, se conoce como modelo percolativo. «El resultado son sistemas dinámicos que se auto-organizan hacia un estado crítico, como consecuencia de la iteración de sucesos espacio-temporales a pequeña escala»²⁸. La hipótesis enunciada por J. Vicent de que la neolitización puede tener explicación a través de un modelo de capilaridad, encuentra su correspondencia en

22. OLARIA, C. y GUSI, F., «Cova Fosca: ¿Neolítico Antiguo o Neolítico Medio? El paradigma cardial», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 843-852.
23. CAVA, A., «La Industria lítica del Neolítico de Chaves (Huesca)», *Salduie*, 1, 2000, pp. 77, nota 2.
24. HERNANDO, A., «El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales», II Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Saguntum*, extra 2, 1999, pp. 583-588.
25. ZVELEBIL, M. y ROWLEY-CONWY, P., «Transition to farming in northern Europe: a hunter-gatherer perspective», *Norwegian Archaeological Review*, 17, 1984, pp. 104-128; DENELL, R., «The hunter-gatherer/agricultural frontier in prehistoric temperate Europe», *The Archaeology of Frontiers and Boundaries*, Nueva York, 1985, pp. 113-140.
26. GARCÍA GAZÓLAZ, J., «Apuntes para la comprensión de la dinámica de ocupación del actual territorio navarro entre el VI y III milenio», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, 1995, pp. 85-147; ARIAS, P., *Marisqueros y agricultores. Los orígenes del Neolítico en la fachada atlántica europea*, Universidad de Cantabria, Santander, 1997.
27. MESTRES, J., «Neolitització i territori», *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya*, 9.º Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá, Andorra, 1992; BALDELLOU, V., «Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón», *Bolskan*, 11, 1994, pp. 33-35.
28. RODRÍGUEZ ALCALDE, A., ALONSO JIMÉNEZ, C. y VELÁZQUEZ CANO, J., «Fractales para la Arqueología: un nuevo lenguaje», *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, 1995, pp. 13-24; «La difusión occidental de las especies domésticas: una alternativa a la ola de avance», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 835-842.

el anterior planteamiento. Parte de que la base fundamental en este proceso se encuentra en los grupos postpaleolíticos de cazadores-recolectores, organizados en bandas, cuyas relaciones de reciprocidad entre grupos locales son de especial importancia. Estas redes locales servirían de soporte a los flujos materiales²⁹. En esta misma línea, aunque con ciertos matices diferenciales respecto al modelo percolativo, habría que citar el modelo «mosaico» enunciado por Schuhmacher y Weniger³⁰.

En definitiva, las nuevas investigaciones van abdicando cada vez más de la visión del Neolítico como tecnocomplejo, cobran más fuerza las interpretaciones sociales y económicas y con ellas la delimitación y definición del propio período. Se configura como una etapa en la que se abandonan los modos de vida cazadores y recolectores y que da paso a las sociedades campesinas³¹. La definición de una fase con estas características va más allá de la simple enumeración de unos rasgos arqueológicos. En nuestra cultura europea se supone, con motivo, que en un momento dado, ineludiblemente, los sistemas cazadores-recolectores dan paso a las sociedades agrícolas o campesinas que por extensión en Prehistoria identificamos como Neolítico. Es evidente que en términos generales ha sido así y como proceso histórico es incuestionable, el problema es determinar cómo se produjo la transición. Es entonces cuando nos enfrentamos a la individualidad del registro y a las peculiaridades propias de cada red de asentamientos o pequeñas comunidades enmarcadas en territorios con ecosistemas diferenciados. Cada una de ellas pudo tener una dinámica diferente. No existe un modelo único. Aunque el proceso histórico general, a largo plazo, ha sido igual para todos los territorios, a tenor de los resultados de su evolución cultural global, las pequeñas comunidades con toda seguridad optaron por diferentes soluciones en las que su capacidad de adaptación debió desempeñar un papel fundamental. El modelo es, pues, múltiple y debe ser abordado desde los estudios locales y regionales. Se debe realizar una auténtica Microhistoria, ya que comunidades emplazadas en lugares relativamente cercanos pudieron optar por soluciones distintas. Determinadas poblaciones fuera del continente europeo han mantenido hasta fechas muy recientes sistemas de caza y recolección. Han optado por otras soluciones culturales —ni mejores ni peores, más bien diferentes— alejadas del progreso tecnológico que la Revolución Neolítica conlleva. Encontraron otras soluciones adaptativas a su supervivencia como grupo en detrimento del progreso que ha generado nuestra sociedad occidental. Sólo con estudios restringidos en el espacio podemos averiguar los mecanismos y las transformaciones sociales, ya que así se podrá determinar si continuaron con unos modos de vida de etapas anteriores y al final desaparecieron, si iniciaron la transición a nuevas formas de vida adquiriendo algunos de los denominados rasgos neolíticos, los aceptaron rápidamente o, incluso, si comprobamos la existencia de poblaciones nuevas con su bagaje cultural, cómo pudieron influir éstas en el proceso de transformación y cambio. No se trataría de volver a un cierto particularismo

29. VICENT, J., «Insular filter hipótesis revisited», *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in transition. Monographs in Prehistoric Archaeology*, 7, Sheffield, 1995.

30. SCHUHMACHER, T. y WENIGER, G., «Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el este de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 52, 2, 1995, pp. 83-97.

31. VICENT, J., «Presentación», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 603.

que trataría de almacenar datos parciales con el fin de intentar configurar una hipótesis por yuxtaposición de los mismos, sino, más bien, tener elementos de contraste de las hipótesis generales planteadas. Si en los estudios de Historia se considera necesario prestar atención a la Historia local o Microhistoria, ya que se ha demostrado que pequeñas comunidades han mantenido a lo largo del tiempo formas de vida y fórmulas económicas y sociales alejadas muchas veces de la política de los Grandes Estados modernos y contemporáneos o de grandes cambios sociales y económicos como la Revolución Industrial³², más importancia, si cabe, puede tener una orientación de esta naturaleza en los estudios sobre el Neolítico. Con esta estrategia de investigación podemos llegar a determinar que en algunas zonas se pueden dar las circunstancias propicias, y además contrastadas en el registro, que permitan hablar de sociedades mesolíticas que a través de sus redes sociales tomaron contacto y asimilaron elementos neolíticos. En otras se puede aceptar la existencia de una clara dualidad haciendo compatible la hipótesis démica con la difusión cultural e, incluso, con la preeminencia de un horizonte cardial en lugares concretos, sin obviar, por último, aquellas en las que sería más propia la difusión cultural mediante diversos mecanismos, cuya plasmación en el registro arqueológico sería muy variable. En definitiva, se trataría de reflejar las múltiples posibilidades que pudo tener el proceso. Esto no supone caer en un «indigenismo» tal como lo ha expuesto recientemente Ammerman, incluso aunque así fuera, no tienen sentido las críticas del autor ya que las mismas que él aduce para invalidarlo se pueden trasladar a sus argumentos. Si como afirma es un anacronismo y una forma de interpretar el pasado vinculada a los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y que es incongruente con el destino que hoy apunta Europa³³, sus opiniones no dejan de ser, igualmente, un reflejo del pensamiento de algunos sectores políticos actuales en los que la Unión Europea, los sistemas de Economía Global marcarían procesos generales que supuestamente diluirían los individualismos.

El valle medio del Ebro

El valle medio del Ebro, flanqueado en ambas vertientes por los Pirineos y el Sistema Ibérico, presenta un medio físico rico y heterogéneo, con características propias de alta y media montaña, junto a los propios de la Depresión central instalada en una cuenca sedimentaria con escasa cobertera vegetal que en algunos tramos proporciona un paisaje estepario. Su situación en el cuadrante noreste peninsular lo convierte en una vía natural de comunicación E/W, entre la región cantábrica y mediterránea, y así ha quedado plasmado a lo largo de la Historia. En sus límites se incluyen territorios de las Comunidades Autónomas del País Vasco, Navarra, La Rioja y Aragón.

A pesar de que las investigaciones sobre el Neolítico en el valle medio del Ebro son recientes, en los últimos años los conocimientos han experimentado un importante avance con el descubrimiento y excavación de yacimientos significativos en

32. RÚJULA, P. y PEIRÓ, I., Edit., *La Historia local en la España Contemporánea*, Barcelona, 1999.

33. AMMERMAN, A., «De nuevo sobre la transición al Neolítico», *El Paisaje en el Neolítico Mediterráneo*, prectas Jornadas Internacionales, Valencia, 2000.

Aragón, Navarra, Álava, siendo La Rioja la comunidad en la que menos actuaciones se han realizado³⁴. En el País Vasco los trabajos de campo han sido escasos y tardíos frente al desarrollo que tuvieron los relacionados con otros períodos. Hasta la década de los setenta no se abordarán trabajos de síntesis. Será la obra de J. M. Apellániz sobre la Prehistoria con cerámica en el País Vasco peninsular la primera síntesis que recopile todos los datos existentes y plantee un esquema basado en la existencia de dos grupos geográficos con dinámicas distintas, representados por los dos yacimientos más significativos: Los Husos y Santimamiñe. En 1988 y 1990, A. Cava publica sendos estados de la cuestión donde se contemplan los antecedentes históricos, se revisan los yacimientos más importantes de Álava y Navarra (Fuente Hoz, Montico de Charratu, Los Husos, La Peña, Abauntz, Padre Areso, Zatoya...), se analizan los elementos más característicos: vegetación, fauna, industria lítica, pulimento y cerámica, y se plantea una periodización acorde con los datos que se poseen en ese momento³⁵. Al repertorio de yacimientos incluidos en los estudios citados hay que añadir nuevos descubrimientos, la publicación de las memorias de excavación de algunos de los más significativos (Kanpanoste Goikoa, Peña Larga, Zatoya, La Peña de Marañón o Aizpea) y diferentes artículos de síntesis donde se recogen las novedades más importantes³⁶.

En La Rioja el período es prácticamente desconocido y, únicamente, los comentarios sobre el nivel inferior de Cueva Lóbrega pueden aportar alguna luz sobre la cuestión³⁷. Existe cierta unanimidad entre los investigadores a la hora de reconocer una ocupación neolítica en el nivel Inferior del yacimiento camerano. En las reinterpretaciones recientes, refrendadas por las últimas excavaciones, el hecho parece incuestionable. Problema distinto es su definición arqueológica que plantea serios inconvenientes, o su adscripción cronológica que gracias a la datación absoluta queda, por el momento, resuelta, pero que dista mucho de poder ser explicada sin dificultades con los datos que actualmente poseemos.

34. La intensidad de las investigaciones y la importancia de los resultados han sido destacados recientemente. Se han excavado en los últimos años 65 niveles arqueológicos pertenecientes al paso del Epipaleolítico al Neolítico en el valle del Ebro, de los que 49 poseen dataciones absolutas, con un total de 75 fechaciones radiométricas. UTRILLA, P., «Epipaleolíticos y Neolíticos en el valle del Ebro», *El Paisaje en el Neolítico Mediterráneo. Preactas*, Valencia, 2000.
35. CAVA, A., «Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco Peninsular», *Veleia*, 5, 1988, pp. 61-96; «El Neolítico en el País Vasco», *Munibe*, 42, 1990, pp. 97-106.
36. ALDAY, A., *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Álava)*. Memoria de las actuaciones arqueológicas 1992 y 1993, Memorias de Yacimientos Alaveses, 5, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1998; BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. et alii, *El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra)*. Evolución ambiental y cultural a fines del Tardiglaciar y en la primera mitad del Holoceno. Trabajos de Arqueología Navarra, 8, Pamplona, 1989; CAVA, A., «L'abri d'Aizpea. Un faciès à trapèzes et son evolution à la fin du Mésolithique sur la versant sud des Pyrénées», *Préhistoire Européenne*, 10, 1997, pp. 151-171; CAVA, A. y BEGUIRISTÁIN, M. A., «El yacimiento prehistórico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)», *Trabajos de Prehistoria Navarra*, 10, 1992, pp. 69-135; FERNÁNDEZ ERASO, J., *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava)*, Memorias de Yacimientos Alaveses, 4, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1997; ALDAY, A., CAVA, A. y MUIJKA, J. A., «El IV milenio en el País Vasco: transformaciones culturales», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 745-755; UTRILLA, P., CAVA, A., ALDAY, A., BALDELLOU, V., BARANDIARÁN, I., MAZO, C. y MONTES, L., «Le passage du Mésolithique au Néolithique Ansien dans le Bassin de L'Èbre (Espagne) d'après les datations C14», *Préhistoire Européenne*, V. 12, 1998, pp. 171-194; GARCÍA GAZÓLAZ, J., «Apuntes para la comprensión de la dinámica de ocupación del actual territorio navarro entre el VI y III milenio», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, 1995, pp. 85-147.
37. RODANÉS, J. M.ª, *Las cuevas de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja)*. Los enterramientos en cueva en el valle medio del Ebro, IER, Logroño, 1999.

En Aragón, por el contrario, a pesar de que las investigaciones sistemáticas son también recientes, los hallazgos son numerosos e importantes, comparables a los que han tenido lugar en el mismo litoral mediterráneo. Las excavaciones de V. Baldellou en el Alto Aragón, en las cuevas de Chaves, Espluga de la Puyascada, El Forcón y La Miranda o con P. Utrilla en El Moro de Olvena o Gabasa, y las últimas campañas realizadas por P. Utrilla y C. Mazo en Forcas permiten plantear nuevos esquemas e interpretaciones. En el Bajo Aragón, las actuaciones han sido, igualmente, intensas desde que Ignacio Barandiarán comenzase los trabajos en Botiquería y Costalena, a los que hay que añadir las recientes campañas en Secans y Pontet en el mismo valle del Matarraña, las excavaciones en el abrigo de Ángel en Ladruñán o las intervenciones en los alrededores de Alcañiz³⁸.

Los antecedentes inmediatos a la neolitización del valle del Ebro han sido tratados en profundidad y de manera conjunta³⁹. Contamos con el adecuado marco cronológico de referencia mediante dataciones absolutas y con un claro esquema de la evolución industrial⁴⁰. Durante el X e inicios del IX milenio BP aparecen en algunos yacimientos materiales que suponen una clara evolución del Magdaleniense y Aziliense. Es el caso de los niveles d de Abautz, Ib de Zatoya, V de Mendandia y 9 y 7 de Forcas. En el IX milenio y comienzos del VIII aparece, cada vez mejor definida, una facies macrolítica, de grandes denticulados, subyacente a los niveles caracterizados por la aparición de microlitos geométricos. Se documenta en Forcas I (Ib), abrigo del Ángel, Mendandia (IV) o Kanpanoste Goikoa (III inf.) y con menor intensidad en Cosdalena (d), Pontet (g e i) y Base de Fuente Hoz. Desde finales del IX milenio BP y con mayor intensidad a mediados del VIII BP se produce la introducción masiva de la «geometrización» que supone un auténtico cambio tecnológico. Esta fase aparece desde sus inicios plenamente definida y muy bien representada. Se ocupan nuevos espacios. A través del estudio de la cultura material, esencialmente la industria lítica, se pueden establecer relaciones con distintas áreas, tanto del interior de la misma cuenca como de regiones limítrofes. El Bajo Ebro se puede relacionar con el litoral mediterráneo, mientras que algunos yacimientos pirenaicos y del Alto Ebro estarían abiertos a contactos nordpirenaicos, al mismo tiempo que la interrelación dentro del mismo valle quedaría igualmente puesta de manifiesto con presencia de elementos mediterráneos en yacimientos interiores. La evolución tipológica parece clara con una aparición masiva de retoque abrupto en formas tra-

38. Sirvan como artículos de referencia en los que se puede encontrar la bibliografía específica: BALDELLOU, V., «II. El Neolítico Antiguo», *Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia (Huesca 1989)*, Zaragoza, 1989, pp. 15-20; BARANDIARÁN, I. y CAVA, A., «Caracteres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos», *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, Zaragoza, 1992, pp. 181-196; RODANÉS, J. M. y RAMÓN, N., «El Neolítico Antiguo en Aragón: Hábitat y territorio», *Zephyrus*, XLVIII, 1995, pp. 101-128; UTRILLA, P. y MAZO, C., «La transición del tardiglacial al Holoceno en el Alto Aragón: los abrigos de las Forcas (Graus, Huesca)», *II Congreso de Arqueología peninsular*, T. I. Zamora, 1997, pp. 349-365; UTRILLA, P., CAVA, A., ALDAY, A., BALDELLOU, V., BARANDIARÁN, I., MAZO, C. y MONTES, L., «Le passage du Mesolithique au Neolithique Ansien dans le Bassin de L'Ebre (Espagne) d'après les datations C14», *Préhistoire Européenne*, V, 12, 1998, pp. 171-194.
39. CAVA, A., «El Mesolítico en la cuenca del Ebro. Un estado de la cuestión», *Zephyrus*, XLVII, 1994, pp. 65-91; UTRILLA, P., CAVA, A., ALDAY, A., BALDELLOU, V., BARANDIARÁN, I., MAZO, C. y MONTES, L., «Le passage du Mesolithique au Neolithique Ancien dans le Bassin de L'Ebre (Espagne) d'après les datations C14», *Préhistoire Européenne*, V, 12, 1998, pp. 171-194; UTRILLA, P., «Epipaleolíticos y Neolíticos del valle del Ebro», *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*, Valencia, 2000 (Preactas).
40. Utilizaremos las dataciones sin calibrar en años BP.

peciales que progresivamente van siendo sustituidas por las triangulares, para finalizar con el retoque en doble bisel y la aparición de tipos segmentiformes o medias lunas. El número de yacimientos es importante: en el Bajo Aragón: Botiquería (2), Costalena (c3), Secans (II) y Pontet (e) en el Matarraña y el abrigo de Ángel en Ladruñán (U8 m y sup.). En el Alto Aragón: el abrigo de Forcas (II y IV). En Navarra: La Peña de Marañón (d inf.), Padre Areso, Zatoya (Ib) y Aizpea (I). En Álava: Fuente Hoz (III), Mendandia (III inf.), Atxoste (IIIc) y Montico de Charratu.

En un reciente artículo, centrado en Aragón, proponíamos una nueva división del Neolítico, que no difiere esencialmente de otras realizadas atendiendo a dataciones absolutas⁴¹, a la vez que intentábamos explicar su origen y evolución atendiendo a diferentes parámetros que, en nuestra opinión, permitían reflejar con mayor claridad la complejidad del fenómeno⁴². Las justificaciones estratigráficas, los comentarios de materiales, distribuciones espaciales y dataciones absolutas aparecen en varios artículos de síntesis y en memorias de excavaciones que nos sirven de referencia, por lo que no creemos necesario reproducirlos en un artículo de estas características⁴³.

La primera fase (Neolítico I) agruparía los yacimientos con dataciones en el VII milenio BP, especialmente en su primera mitad. Aquí se incluirían las cuevas de Chaves, Olvena Superior, Forcas II en Huesca y Secans II, Costalena (c1 y c2), Pontet (c inferior y superior), Botiquería dels Moros (6 y 8) en el Bajo Aragón. Se distribuyen en dos ámbitos geográficos diferentes y con una dinámica cultural distinta.

En el valle del Matarraña los yacimientos presentan una serie de características comunes. El hábitat se desarrolla en abrigos poco profundos, con buena orientación y cerca del curso del río. En su interior aparecen estructuras internas, habitualmente hogares circulares y en algunos casos, como Pontet, improntas de postes. En un solo caso, Secans, se documenta el muro de cierre de una vivienda de planta oval. La industria lítica es el elemento más significativo, cumpliéndose la evolución del componente geométrico, ya comentada para el resto del valle del Ebro. Las materias primas, según los análisis realizados en Secans, proceden en su mayoría de ámbitos cercanos no superando los límites del Matarraña y Algás. La cerámica es escasa pero de gran significado. Corresponde al horizonte de cerámicas impresas a pesar de que en algún caso, como Secans, no presentan estos motivos, o que en la secuencia estratigráfica aparecen ligeramente infrapuestas, aunque en el mismo contexto, las decoraciones incisas o las lisas y rugosas como en Pontet y Costalena. La industria ósea es inexistente.

El nicho ecológico no sufre variaciones importantes durante el Epipaleolítico y Neolítico. Basándonos en análisis territoriales, la recolección pudo ser la actividad más importante independientemente del período, al mismo tiempo que se aprecian cambios que permiten suponer la paulatina introducción de agricultura tal como aparece reflejado en los resultados de los palinogramas que identifican en estos

41. BARANDIARÁN, I. y CAVA, A., «Caracteres industriales del Epipaleolítico y Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos», *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, 1992, pp. 181-197.

42. RODANÉS, J. M. y RAMÓN, N., «El Neolítico Antiguo en Aragón: Hábitat y territorio», *Zephyrus*, XLVIII, 1995, pp. 101-128.

43. Referencias en notas 38 y 39.

momentos pólenes de especies cultivadas en Secans y otras que le son afines, coincidiendo con la aparición de molinos en Pontet.

A pesar de la escasez de fauna los exiguos restos apuntan a que ésta es cuantitativamente más importante durante el Epipaleolítico, las especies consumidas en los niveles inferiores serían el caballo y ciervo, mientras que el conejo permanece en toda la serie. En los niveles neolíticos aparece la cabra que por la muestra no se puede determinar si corresponde a especies salvajes o domésticas. La pesca se debió practicar a lo largo de toda la ocupación como demuestra la presencia de vértebras de pescado en Botiquería y Costalena.

El proceso de neolitización⁴⁴ no se puede desvincular de la dinámica propia del substrato epipaleolítico. Se trata de grupos perfectamente identificados con el medio, asentamientos de prolongada ocupación, estrategias de subsistencia eficaces basadas en la explotación intensiva de los recursos vegetales, caza y pesca de especies fluviales. En este marco se introducen los primeros elementos neolíticos que según los planteamientos del modelo capilar de J. Vicent podría ser consecuencia de la propia dinámica social de las comunidades mesolíticas, si bien es cierto que igualmente se podría recurrir a explicaciones basadas en los procesos planteados en diversos esquemas y coincidir con la fase de «disponibilidad» de Zvelebil, con la «pionera» o mejor «neopionera 2A» (Exploración) de Gallyay o con la fase I, sistema B1 de J. Bernabeu o ser un exponente del denominado modelo «mosaico» de Schuhmacher y Weniger⁴⁵. Supone para los habitantes del valle la adquisición de la primera cerámica o el primer contacto con plantas cultivables como demuestran los análisis polínicos de Secans o Pontet, pero no implicarían el inicio de una economía productora ni las modificaciones que supondrían un verdadero cambio social. El proceso será, pues, lento y durará cerca de un milenio hasta coincidir con la segunda fase (NII) y la expansión a territorios cercanos del valle del Guadalepe.

En el Alto Aragón el panorama es diferente. El único lugar con substrato epipaleolítico es el recientemente excavado abrigo de Forcas. Aquí, al igual que en el Bajo Aragón, se superponen niveles en los que aparecen rasgos neolíticos, en este caso cerámica con decoración cardial a comienzos de VII milenio BP en los niveles V y VI. En el nivel VIII se documenta ya la existencia de animales domésticos junto a elementos líticos con pátina de cereal. El resto de yacimientos conocidos presentan una realidad arqueológica bien distinta. La cerámica impresa es el elemento más característico y los otros materiales coinciden, igualmente, con los aparecidos en lugares similares del Occidente mediterráneo. El yacimiento más significativo es la cueva de Chaves que, por la riqueza de los hallazgos, es comparable a las estaciones clásicas de la costa con las que comparte la casi totalidad de sus característi-

44. En este trabajo hemos tenido en cuenta diferentes hipótesis o modelos para explicar el proceso sin pronunciarnos explícitamente por uno concreto.

45. VICENT, J., «Insular filter hipotesis revisited», *Encounters and transformations. The Archaeology of Iberia in transition. Monographs in Prehistoric Archaeology*, 7, Sheffield, 1995; ZVELEBIL, M., «Mesolithic prelude and neolithic revolution», *Hunters in transition. Mesolithic societies of temperate Eurasia and their transition to farming*, Cambridge, 1986, pp. 5-15; GALLYAY, A., «La place des Alpes dans la Neolithisation de l'Europe», *The Neolithisation of the Alpine Region, Natura Bresciana*, 13, 1990, pp. 23-43; BERNABEU, J., «Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 53, 2, 1996, pp. 37-55; SCHUHMACHER, T. y WENIGER, G., «Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el Este de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 52, 2, 1995, pp. 83-97.

cas. Empleando las terminologías más tradicionales sería el exponente del denominado «Neolítico puro». Al igual que el Moro de Olvena, ésta sin cerámicas con decoraciones cardiales pero con el resto de elementos coincidentes, conocen la ganadería y la agricultura.

El proceso presenta significativas variaciones respecto al valle del Matarraña. La dinámica queda reflejada en Forcas II, donde podemos reproducir el esquema del Bajo Aragón. La fase «neopionera 2A» por ahora únicamente representada en Forcas II reflejaría el intercambio de material o información entre distintos grupos que también puede ser explicado mediante un proceso de capilaridad. Poco después, teniendo en cuenta las dataciones disponibles, aparecerían nuevos asentamientos como Chaves y posteriormente Olvena (¿colonización?), emplazamientos característicos de la fase I, sistema A1 de Bernabeu, que quizás sean la causa de un proceso de aculturación directa según el mismo autor o de una etapa neopionera 2B de Gally.

El Neolítico II supone la evolución lógica de la fase anterior. Se desarrolla, a grandes rasgos, durante el VI milenio BP, con mayor intensidad en su primera mitad⁴⁶. Se asiste a una diversidad económica claramente visible en el tipo de asentamiento y su territorio de explotación, en su emplazamiento y en su función. En estos momentos el valle del Matarraña, que desde el Epipaleolítico geométrico había tenido una fuerte densidad de población ve disminuir el número de asentamientos (excepto Costalena a+b y Pontet b) en beneficio de tierras más abiertas en las proximidades del Guadalope, con mejores posibilidades para las prácticas agrícolas. Así surgen yacimientos como Alonso Norte, Las Torrazas o Panizales. Igualmente en el Altoaragón esta diversificación llega a crear asentamientos de montaña dedicados a la explotación ganadera como la Espluga de la Puyascada, La Miranda u Olvena inferior, o en superficies muy llanas, factibles para explotaciones agrícolas, como El Torrollón o Fornillos, a las que habría que añadir los recientemente descubiertos en los alrededores de Mequinenza⁴⁷ y en la comarca de la Litera, todos ellos al aire libre⁴⁸. Los estudios geomorfológicos avalan esta tendencia, las dataciones absolutas registradas en el valle del Huerva, concretamente en la Val de Las Lenas y La Morera indican una adecuación del espacio a labores de especialización agrícola y ganadera, generando una deforestación, bien mediante tala bien recurriendo a incendios controlados o aprovechando los naturales, lo que acarrea una aceleración de los procesos erosivos⁴⁹.

La fase de «sustitución» o «estabilización», según los distintos autores, coincidiría con el NII y supondría la continuidad y afianzamiento de la anterior, extendiéndose a lo largo del VI milenio BP, una vez adoptada de forma generalizada la

46. MONTES, L., «El IV milenio en el Bajo Aragón», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. II, 1996, pp. 757-767.

47. ROYO, J. y GÓMEZ, F., «Hábitat y territorio durante el Neolítico Antiguo y Medio/Final en la confluencia del Segre y del Ebro (Mequinenza, Zaragoza)», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. II, 1996, pp. 767-780.

48. GALLART, J., REY, J. y ROVIRA, J., «Asentamientos neolíticos al aire libre en La Litera (Huesca)», I Congrès del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. I, 1996, pp. 367-377.

49. UTRILLA, P. y RODANÉS, J. M., «La actuación del hombre sobre el paisaje durante la Prehistoria en el valle medio del Ebro», *Acción humana y desertificación en ambientes mediterráneos*, CSIC, Instituto Pirenaico de Ecología, Zaragoza, 1997.

economía de producción o mejor el abandono de los rasgos cazadores/recolectores, así como el desplazamiento a nuevos ecosistemas, iniciando un proceso de vertebración del territorio que aparecerá ya definido en la tercera fase (Neolítico III) de «consolidación» o «crecimiento», según Zvelebil o Gallay, con el establecimiento pleno de una economía agropecuaria. Comenzaría a partir de la segunda mitad del VI milenio BP y se desarrollaría con mayor intensidad durante la primera mitad del V BP. El final vendría marcado por la aparición del Calcolítico, es decir, de los primeros objetos metálicos y definitivamente del Horizonte Campaniforme. En el estado actual de las investigaciones el límite es muy difuso, en ocasiones se emplean términos como Neolítico final/Calcolítico precampaniforme para designar este horizonte poco conocido en el valle medio del Ebro.

Las características esenciales del NIII vendrían definidas por un espectacular aumento de los asentamientos al aire libre y las primeras manifestaciones megalíticas. El hecho de que el número de yacimientos sea cuantioso no significa que tengamos más información. Es muy difícil, sin excavaciones sistemáticas, determinar si algunos de los yacimientos incluidos en la etapa anterior como los numerosos hallazgos de los alrededores de Mequinenza o la Litera se deben incluir en una u otra. La mayor parte se encuentran destruidos o descontextualizados a causa de procesos de erosión/acumulación. Documentamos su existencia mediante escasos restos líticos o cerámicos, la mayor parte de las veces localizados en posiciones secundarias. Tradicionalmente, muchas de estas estaciones se han venido denominando «Talleres de sílex», aunque dentro de esta denominación se encuentran realidades muy distintas. La explicación es difícil. Se trata de un fenómeno de gran extensión espacial. Se ocupan todos los ecosistemas del valle medio del Ebro. Encontramos restos en las cumbres pirenaicas, sierras prepirenaicas, Sistema Ibérico y Cubeta Central. Para su explicación se han manejado argumentos climáticos, demográficos y subsistenciales, poniendo el acento en la diversificación de la explotación de recursos. Al mismo tiempo, los monumentos megalíticos pueblan los valles pirenaicos aragoneses y las Sierras Exteriores, situándose la mayor densidad entre las cotas de 1.600 y 2.000 m de altitud. No poseemos excavaciones que documenten esta primera etapa de construcción de los monumentos; las únicas dataciones, por el momento, La Capilleta y Caseta de las Balanzas, han proporcionado fechas y materiales posteriores. Los estudios sobre vegetación sitúan en estos momentos la primera actividad antrópica intensa en el Pirineo⁵⁰. En el resto de la Cuenca los hallazgos están más diversificados, con grandes sepulcros en el Sistema Ibérico riojano, estribaciones de la Sierra de Cantabria y montañas del País Vasco⁵¹.

Parece factible asumir que el proceso de neolitización siguió una trayectoria E/W remontando el curso del Ebro. El Neolítico de la Cuenca es difícilmente explicable sin su vinculación con el litoral mediterráneo. Las comarcas más occidentales del valle recibirían los primeros elementos neolíticos a través de Aragón, por ello proponemos idénticos mecanismos y la misma periodización tripartita que hemos utilizado y que, a grandes rasgos, coincide con la clásica división del Neolítico, ya expuesta por A. Cava en 1988 y 1990. La diferencia del proceso respecto a Aragón estribaría prin-

50. MONSERRAT, J. M., *Evolución glacial y postglacial del clima y la vegetación en la vertiente sur del Pirineo: estudio palinológico*, Monografías del Instituto Pirenaico de Ecología, 6, Zaragoza, 1992.

51. ANDRÉS, M. T., *Colectivismo funerario Neo-eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro*, IFC, Zaragoza, 1998.

principalmente en la cronología, ya que el fenómeno deberá ser, y de hecho lo es, ligeramente posterior y, posiblemente, en la intensidad de aparición de algunos de los rasgos arqueológicos, en especial en los primeros momentos del proceso.

Durante la primera etapa (NI), los primeros testimonios neolíticos quedarían limitados a escasos fragmentos cerámicos, sin decoración, que no permiten reconstruir formas completas, ya que la industria lítica mantiene una fuerte tradición epipaleolítica. Su presencia podría explicarse, al igual que en Aragón, por un proceso de capilaridad. Esta primera fase se podría datar en la segunda mitad del VII milenio BP. No supone una transformación de las formas de vida mesolíticas. Aparece en yacimientos con substrato como La Peña de Marañón d superior, Abauntz c, Zatoya I, Aizpea b superior, Fuente Hoz II, Kampanoste III y Mendandia III. Aparece un yacimiento significativo como Peña Larga IV en Cripán con elementos cardiales y domesticación en La Rioja, el único lugar documentado hasta el momento es Cueva Lóbrega, que como ya hemos comentado plantea problemas en su estratigrafía. El estudio comparativo de los materiales ha propiciado su relación con yacimientos del interior, concretamente con la Meseta Norte. Las concomitancias con diferentes lugares es clara, en especial con el importante foco noroccidental de la Cuenca del Duero, con estaciones situadas en la sierra de Atapuerca y en las tierras bajas del Arlanza y Arlanzón⁵². Es posible, incluso, que estos vínculos puedan explicar el proceso de neolitización de las tierras interiores a través de la vía natural del valle del Ebro donde encontramos igualmente paralelos tipológico-estilísticos para determinados materiales, de manera que Cueva Lóbrega se convertiría en una evidencia más del proceso de expansión hacia el oeste, un lugar intermedio entre los yacimientos de la Meseta y el valle del Ebro. Un yacimiento de gran interés es el recientemente descubierto y excavado de Los Cascajos en Los Arcos (Navarra). Se trata de un auténtico poblado al aire libre con todos los elementos que hemos considerado necesarios para el proceso de neolitización (poblado organizado, agricultura, ganadería...). A nivel tipológico, ya que no se conocen todavía las dataciones absolutas, es interesante la presencia de un horizonte de cerámicas comparables con las aparecidas en el VII y VI milenio BP en Aragón, aunque no se tiene noticia de la aparición de decoraciones cardiales⁵³.

Toda esta información permitiría, con matices, reproducir el proceso planteado en Aragón con un substrato epipaleolítico que muestra elementos arqueológicos propios del Neolítico sin modificar sus bases económicas y sociales, ligeramente anterior en el tiempo a una serie de lugares, cada vez más numerosos, que carecen de este substrato y que presentan grandes similitudes con el horizonte de cerámicas impresas.

Con estos antecedentes la fase siguiente (NII) vendría de la mano de la propia evolución del primer Neolítico ya comentado y la incorporación de nuevos elementos. Se podrían incluir en estos momentos el estrato IV de Los Husos, el II de Padre Areso, el suelo sobre el nivel d de La Peña, el I de Fuente Hoz, b4 de Abauntz,

52. IGLESIAS, J. C., ROJO, M. y ÁLVAREZ, V., «Estado de la cuestión sobre el Neolítico en la Submeseta Norte», I Congrés del Neolític a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. I, 1996, pp. 721-734.

53. GARCÍA GAZÓLAZ, J. y SESMA, J., «Talleres de sílex *versus* lugares de habitación. Los Cascajos (Los Arcos, Navarra), un ejemplo de neolitización en el Alto Valle del Ebro», *Saguntum*, extra 2, II Congrés del Neolític a la Península Ibérica, 1999, pp. 343-350.

paquete III de Larrenke Norte y niveles superiores de Montico de Charratu⁵⁴. Los hábitats al aire libre son frecuentes y se pueden incluir aquí algunos asentamientos conocidos como talleres de sílex que tendrán su apogeo en la fase siguiente⁵⁵. El problema de estos yacimientos ya se ha comentado y es la falta de dataciones absolutas y de excavaciones, lo que impide ajustar su cronología y su inclusión en una u otra fase. Incluso es posible que el hábitat al aire libre sea una constante a lo largo de todos los períodos una vez que las condiciones climáticas del Holoceno lo hacen posible. Cronológicamente se podría situar durante el VI milenio BP (con mayor intensidad en los siglos intermedios) y el principal rasgo sería la presencia de animales domésticos. Se generaliza la existencia de una cabaña de ovicaprinos con presencia menor de bovino y porcino, con lo que se documentaría una de las variables más importantes y necesarias para que se considere definitivamente instaurado el Neolítico, alcanzando la fase de «estabilización» o «sustitución».

La tercera fase (NIII) de «consolidación» o «crecimiento» supone la implantación del megalitismo. Se produce con mayor intensidad en los momentos finales del VI milenio BP y comienzos del V. El territorio mejor conocido gracias a los últimos trabajos realizados es la vertiente sur del Ebro, en la Comunidad Autónoma de La Rioja. Los niveles más antiguos de algunos monumentos como Peña Guerra II, Fuente Morena, Collado Palomero I y II y Collado del Mallo ilustran esta etapa⁵⁶. Los paralelos al otro lado del Ebro, en la vertiente meridional del País Vasco, son evidentes, en especial en el conjunto de las estribaciones de la sierra de Cantabria. A ello hay que añadir una tupida red de asentamientos al aire libre distribuidos por todo el territorio del occidente del valle medio del Ebro.

54. ALDAY, A., CAVA, A. y MUJICA, J. A., «El IV milenio en el País Vasco: transformaciones culturales», I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, *Rubricatum*, vol. 2, 1996, pp. 745-755.
55. GARCÍA GAZÓLAZ, J., «Apuntes para la comprensión de la dinámica de ocupación del actual territorio navarro entre el VI y III milenio», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, 1995, pp. 85-147.
56. LÓPEZ DE CALLE, C. y PÉREZ ARRONDO, C., «Fechas de Radiocarbono y fases de ocupación en los sepulcros megalíticos de Cameros (La Rioja)», *Cuadernos de Sección. Prehistoria y Arqueología*, 6, 1995, pp. 343-360, Eusko Ikaskuntza.

